

Una historia que contar

Por Prof. Yenny Lukoski de Gregori, egresada del Instituto Superior Antonio Ruiz de Montoya y actual docente de la Casa.

Los antiguos griegos creían en el destino, inexorable, trazado por los dioses y del que no había forma de huir porque estaban condenados a él. Pero yo creo que Dios tiene un plan para nuestras vidas, y se encarga de ponernos pistas y darnos señales que tenemos que descifrar para elegir el camino a seguir, en cada encrucijada. Sólo es necesario discernir.

Siempre quise enseñar. Lo llevaba en el alma, me gustaba buscar las formas para que quien quiera que fuere, entienda lo que debía entender: repetirlo una y otra vez, hacerlo entretenido, interesante, ejercitarlo mucho. Tuve mis primeros alumnos a los doce o trece años: los hijos de mis vecinos, en la chacra. Un poco de aritmética, algo de historia, mucha redacción y corregirles ortografía...

Solamente una cosa tenía seguro: no sería maestra. No sé por qué. Si iba a enseñar, sería profesora, y para ello me iría de mi pueblo. Me gustaban mucho las clases de Geografía, y me encantaba el área de Ciencias Naturales, pero solamente las plantas. Ese gusto tal vez no lo perdí nunca, ya que hasta hoy me dedico al cultivo de orquídeas. Pero más que decidir la orientación, el mayor obstáculo que tenía era el vientre que me trajo al mundo. Es que tuve la ocurrencia de nacer mujer y sus preferencias de hijos eran varones, por lo que mi hermana y yo fuimos y seremos algo que siempre complicó su proyecto de vida y su felicidad. Y sin importar la nuestra (y ahora hablo nada más que por mí), sopló sobre todos los castillitos de naipes que siempre traté de armar, viendo cómo se caían y desparramaban las piezas cada vez que estaba por llegar a la cúspide.

A los dieciséis años tuve meniscos discoides en ambas rodillas. Dos cirugías, dos procesos de recuperación, dos oportunidades para ver derribados mis castillos, y esta vez eran todas las salidas y viajes de mi último año de secundaria.

No pudiendo luchar contra ese ejército unipersonal, esgrimí bandera blanca y dejé que todo sea su voluntad. Al menos por un tiempo.

Una sola cosa no tenía previsto: que me hicieran cumplir en el colegio los días de asistencia, mientras mis compañeros se hallaban a dos mil años luz de las aulas. Pero allí, en realidad, estaba la primera de las pistas que tenía que descifrar: me dejaron a cargo de la biblioteca.

Este espacio no era desconocido para mí: dos años antes, en búsqueda del helecho perdido, había desempolvado las llaves de San Pedro de los anaqueles vidriados. Los volúmenes de Botánica vieron por primera vez la luz del sol entre los ávidos dedos de mis manos, y los diccionarios enciclopédicos desarmaron tal vez por primera vez sus páginas desde que llegaron a esos estantes, con todavía ese aroma indescriptible a tinta y papel frescos, que se siente más en el alma que en la nariz, como el aroma del rocío en las mañanas. Aparecían ante mis ojos el esbelto *Peridium aquilinum*, el fresco y delicado *Adiantum capillus-veneris* o el extraño y oloroso *Equisetum arvense*. ¿Qué lengua era esa? ¿Alguien podría decirme cómo se lee al menos? ¿Cómo un trabajo para una feria de ciencias me podía dejar tantos interrogantes?

Así que aprovechaba el tiempo y el espacio para definir lo que ya hacía dos años venía dando vueltas por mi cabeza. Hasta que una mañana ingresó a la biblioteca el padre Horacio Centurión que, luego de escucharme, sonrió debajo de sus bigotes y me dijo: “Es latín”. Y empecé en ese instante a construir un nuevo castillo, pero de bloques de piedra.

Los vientos soplaron y soplaron, pero dejaba las almenas abiertas para que pase sin romper las paredes. Se me dio una tregua: si me iría a Posadas, iba a ser para estudiar magisterio en el colegio Santa María. Entonces redoblé la apuesta: apuntalé mi alcázar y fortifiqué mi ciudadela: no seré maestra, estudiaré Geografía en el Instituto Montoya, decidida pero sin convicción.

El 3 de diciembre de 1987 entré a las oficinas de inscripción, en la esquina donde ahora funciona la Librería, sin la bendición de mis raíces. El calor era

agobiante. La plaza empezaba a desprender su aguacero estival de cañafístolas. Detrás de mí, la vereda, luego la puerta, luego el respaldo de una silla. Delante, un señor de bigotes, muy afectuoso y de buena voz, un escritorio, la espalda de alguien como yo, y una mesita ratona llena de trípticos, prolijamente diseminados en toda su superficie. En esa encrucijada de papeles estaba la respuesta a todos mis antiguos interrogantes: latín. No vi nada más. De hecho, no creía estar viendo lo que veía, cuando el señor de bigotes me indicó que pase.

- Quiero estudiar latín.

Los ojos de asombro del hombre se dibujaron luego en una enorme sonrisa que desbordaba en una luz de júbilo. “Es la mejor elección”, me dijo, “vas a conseguir trabajo pronto, y jamás te vas a arrepentir, ya que Castellano, Literatura y Latín es una carrera maravillosa, aunque casi nadie se inscribe a ella, y te confieso que nadie viene decidido a estudiar lenguas clásicas”, continuó. Era Carlos Fangano, a quien hasta hoy le estoy agradecida de elevar los puentes e izar las banderas de mi vocación final. Y nadie pudo jamás derribar ese castillo.

El Instituto Montoya me abrió paso a mi formación docente: padres, hermanos y amigos del alma. Conocí a tantas personas que sin conocerme, creyeron en mí y en lo que podía lograr, que es difícil nombrar por no ser injusta o el olvido parezca ingrato.

Confieso que el inicio no fue fácil, ya que hubo que afrontar gastos, adaptarme a nueva gente y a nuevas situaciones, muchas de ellas muy dolorosas. Muchos vientos soplaron sobre mi castillo fortificado pero nada pudo derribarlo. Incluso frente a algunos movimientos sísmicos que lo azotaron, él pudo mantenerse en pie, viendo cómo la pérdida de seres queridos inundó sus fosas de llanto y dolor, y atentó contra sus sólidos cimientos. Pero allí estaba Dios con un plan escrito para nuestras vidas, poniendo a nuestro lado manos amigas y tiernas que nos ayudaron a seguir, a levantarnos incluso, a acompañarnos. Muchos tal vez recuerden a la señora Belky de Vitale, a quien Monseñor había confiado la tarea de velar por los estudiantes que veníamos del interior y que no podíamos costear

todo. ¡Cuántos le debemos a ese empeño el haber llegado al final del camino! ¡Y cuánta gratitud para mis profesores que, ante el requerimiento del Bachillerato Humanista, me permitieron ingresar a trabajar allí, confiando en mí más que yo misma!

Hoy, luego de tantos años transcurridos y a poco de estar al final de mi vida docente, al mirar hacia atrás encuentro cada encrucijada, cada punto en el que me detuve, cada paso que pude dar, y encuentro todas esas manos amigas esparcidas como flores al lado de mi senda. Algunas manos las veo firmes; otras, intangibles, aladas y luminosas; otras, lejanas y saludando rumbo a otros caminos; y otras, continúan a mi lado y están sujetas a una decena de manitos pequeñitas, manitos que nacieron en la ruta de mi vida. Todas esas manos estuvieron siempre en mi memoria y jamás se borrarán, porque supieron permitirme seguir el camino. Todo gracias a esta obra de Monseñor Kemerer, que permitió a tantos jóvenes a formarnos y a continuar haciéndolo, porque es el plan de Dios que debemos cumplir.